

## ACTUALIDAD DE ELENA QUIROGA

JOSÉ MANUEL VIDAL ORTUÑO

Esta edición crítica de *La enferma*, novela de Elena Quiroga, corre a cargo del profesor Gregorio Torres Nebrera <sup>1</sup>, quien, en otras ocasiones, también se ha ocupado de escritores del siglo XX (por ejemplo, Azorín o María Teresa León). De esta manera, ha puesto fin a un silencio que se cernía, desde hace tiempo, sobre esta importante escritora española. Un silencio que felizmente ya quedó interrumpido cuando, el año 2011, el crítico Darío Villanueva recopiló en Biblioteca Castro parte de la novelística quiroguiana, acompañada de un estudio que ponía en relación a Elena Quiroga con aquellos escritores extranjeros que, durante el siglo XX, supieron renovar los moldes de la novela (Zweig, Faulkner, Huxley y, sobre todo, Virginia Woolf).

El prólogo de Torres Nebrera, que es el que nos ocupa, comienza con unos apuntes biográficos de la escritora, los cuales, en más de una ocasión, habrán de colarse en su propia obra. Nos hablan de su hidalga familia, de su temprana orfandad por la muerte de la madre, de una infancia y adolescencia pasadas entre Santander y las siempre queridas tierras de Galicia. Y luego, entrando ya en el terreno literario, dichos apuntes nos recuerdan cómo Elena Quiroga se dio a conocer en 1950, al ganar el entonces prestigioso premio Nadal con *Viento del norte*; su matrimonio con el historiador Dalmiro de la Válgoma (a quien, por cierto, van dedicadas todas sus novelas), su reconocimiento por parte del público y de la crítica durante los años 50 y 60... Después vendrá el alejamiento de la literatura a partir de 1973, hasta que una década más tarde fuera elegida miembro de la Real Academia Española (la segunda mujer que ingresó en la veterana institución después de Carmen Conde).

El estudio –amplio, como lo son todos los de Cátedra, en la colección Letras Hispánicas– repasa con minuciosidad la trayectoria literaria de Elena Quiroga, con un análisis de todas sus novelas (extensas y cortas). Es justo que no quede soslayada la narrativa breve, compuesta por tres títulos –*Trayecto uno*, *La otra ciudad* y *Plácida*,

---

<sup>1</sup> Elena Quiroga, *La enferma*, edición de Gregorio Torres Nebrera, Madrid, Cátedra, 2013. (*Montea-gudo* dedica, con este artículo, un afectuoso homenaje de recuerdo al Prof. Gregorio Torres Nebrera, excelente investigador y estudioso de la literatura española, recientemente desaparecido).

*la joven-* que Torres Nebrera califica de “tres pequeñas obras maestras” (tres pequeñas obras maestras que, dicho sea de paso, quizá anden pidiendo una reedición).

Aparte del tono existencial, tan del gusto de la época, las novelas de Elena Quiroga tienen todas un inconfundible sesgo innovador. A cada una de ellas les dedica Torres Nebrera amplia atención. Incluso a *La soledad sonora* (1949), novela excluida del corpus, donde “al lado de titubeos de principianta”, dice el crítico, hay “perfiles de ambientes y personajes que son indudables borradores de los que habitarán los textos venideros de la novelista”. La narrativa quiroguiana arranca, pues, con *Viento del norte*, donde confluyen los mundos gallegos de la Pardo Bazán y de Valle-Inclán. Después, la originalidad de *La sangre* (1952) reside en que un castaño centenario es “la única voz narrativa de toda la novela”, contándonos las vidas de cuatro generaciones de una familia en torno a un pazo. Con toda razón, se considera *Algo pasa en la calle* (1954) como “un notable antecedente” de *Cinco horas con Mario*, de Miguel Delibes; y lo es porque un “coro de vivos”, en un logrado ejercicio de perspectivismo literario, va rememorando la vida del fallecido Ventura. Tiempo reducido, monólogo interior, distintas grafías para separar pasado y presente, son algunos procedimientos formales de *La careta* (1955). En tanto que *La última corrida* (1958), novela sobre el mundo de los toros, es un “relato objetivista”, que sigue la estela que dejó tras de sí *El Jarama*, de Rafael Sánchez Ferlosio.

Mención aparte merecen *Tristura* (1960) y *Escribo tu nombre* (1965), porque acaso sean las novelas más líricas de nuestra autora. Utilizando como *alter ego* al personaje de Tadea Vázquez, Elena Quiroga nos muestra cómo pudieron ser sus vivencias de infancia y adolescencia, entre Santander y Galicia, en *Tristura*, y, después, dentro de un opresivo internado religioso en *Escribo tu nombre*. Con toda razón dice Torres Nebrera que “estamos ante un excelente, casi modélico, ejemplo de novela de formación”, porque ambos títulos iban a formar parte de una trilogía que quedó incompleta.

El ciclo novelesco de Elena Quiroga se cerró en 1973 con *Presente profundo*, “la de mayor complejidad lectora”, según Torres Nebrera, “síntesis de su pensamiento y de sus técnicas narrativas renovadoras”. Dos historias de mujeres muy distintas, Daría y Blanca, a las cuales el vacío de su entorno “las conduce a una misma decisión última, el suicidio”.

A continuación, Gregorio Torres Nebrera analiza *La enferma* (1955), objeto de esta edición. Para ello, rescata de las hemerotecas los juicios de críticos autorizados que saludaron en su día la aparición de esta novela. Así, Joaquín de Entrambasaguas —“siempre valedor de la narradora”, en palabras de Torres— dijo acerca de esta que era “quizá la más perfecta novela de su autora”. Para Melchor Fernández Almagro se trataba, en aquellos años, de “la novela más difícil” de Elena Quiroga. Y según José

María Castellet, crítico tan atento siempre a lo nuevo, *La enferma* respondía “a todas las exigencias estéticas y de contenido de una novela de nuestro tiempo”.

Los veinticinco capítulos de esta novela se dividen en dos partes. La primera (caps. I-XII) nos cuenta la llegada de la narradora a un pueblo de la Ría de Arosa, con el fin de vender unas tierras que pertenecen a su marido, Víctor. Allí, esta mujer innominada –a la que algunos lugareños llaman “la forastera” y otros, “la mocita”– se hospeda en casa de Liberata, una mujer que yace en la cama desde hace veinte años, como consecuencia de un desengaño amoroso. La voz de la narradora, como testigo, nos va describiendo el pueblo, la labor de los pescadores, las vidas de distintos personajes que vivieron de cerca ese amor de triste final entre Liberata y Telmo. Dos historias, pues, que se van entrelazando: la de la forastera, que vive su crisis personal, y la de la enferma.

Ya en la segunda parte (caps. XIII-XXV) la narradora pasa a ser narratario. A través de varias perspectivas, diferentes voces van reconstruyendo la historia de Liberata y Telmo, desde el inicial enamoramiento, hasta la traición de Telmo, que se casó con otra mujer; y luego, el mutismo al que se condenó Liberata de por vida y la muerte, años después en la Argentina, del que había sido el amor de su vida. Distintas voces –“cuatro de mujer” y “dos de hombre”– van dando pistas al lector, que “es el encargado de tejer un tapiz conclusivo”. Una historia, pues, perspectivística, que no avanza de forma lineal, sino desordenadamente, y cuyas piezas han de ir juntándose, como en un puzle que no termina de encajar del todo. El recuerdo de Camilo José Cela –y no solo el de *La colmena*– está muy presente en *La enferma*, novela que, a su vez, puede ser considerada como un lejano antecedente – en lo que a tono y técnicas narrativas se refiere– de la *Crónica de una muerte anunciada* (1981), de Gabriel García Márquez.

Los tres últimos capítulos suponen el regreso de la forastera junto a su marido, viajando en avión desde Santiago de Compostela a Madrid. Recuperada la voz narrativa del principio, esta nos ofrece una novedosa descripción de una parte de España a vista de pájaro. Al pasar por ciertas tierras gallegas, la narradora evoca su infancia: “Nuestro río Sil. Al pie de la casa de mi abuelo, atravesaba el jardín, me he bañado en él de niña y de mujer. He entrado en el Sil como quien se desposa con el agua...”. Es una vivencia más –y no es la única– que Elena Quiroga le presta a su personaje. De este viaje, la narradora –que, en su vida personal, es *otra* enferma– regresa purificada, como una mujer nueva.

Hay que saludar, pues, con suma alegría, esta edición crítica de *La enferma*, que con tanto esmero ha preparado Gregorio Torres Nebrera (y que –repito– vuelve a poner de actualidad a una escritora tan valiosa como Elena Quiroga). Es una novela que, pasados más de cincuenta años desde su publicación, sigue deleitando con su

lectura, hasta el punto de que muchas de las notas puestas a pie de página pueden resultar prescindibles. Su escritura sorprende por un extremado lirismo, mediante una prosa poética, que requiere ser leída despacio, saboreándola con atención. Y, en definitiva, es *La enferma* una novela que, como la vida misma, plantea muchos interrogantes y ofrece, en cambio, pocas, muy pocas certezas.